

# Políticas culturales, academia y sociedad<sup>1</sup>

**Ana María Ochoa Gautier \***

En febrero de 2000, durante un corto viaje a una reunión académica en Colombia, que interrumpió brevemente mis cinco meses de estadía en la Universidad de Nueva York, visité a Jesús Martín Barbero en su estudio. Él había tomado la decisión de partir hacia México donde le ofrecían un buen trabajo. Hablamos sobre las dudas que producen los cambios de rumbo y esa incomprensible mezcla de desasosiego y alivio que, para algunos, produce la partida de países en guerra. México le ofrecía una estabilidad laboral que en Colombia no tenía, ya que la desastrosa situación financiera que atravesó la Universidad del Valle en Cali, en la cual Jesús trabajó gran parte de su vida, y donde fundó la maestría de Comunicación Social, había dejado a los profesores cobrando sueldo en cantidades imprecisas y en cuotas arbitrarias e impredecibles, y se le demandaba a los jubilados, como Jesús, que redujeran su pensión en 35%. La inestabilidad económica comenzaba a sumarse como otro factor a la crisis generalizada del país; el motivo que Jesús ha utilizado en algunos de sus textos de países “atrapados entre las deudas y las dudas”, parecía haber adquirido un matiz personal en la coyuntura de la partida. Las razones del éxodo masivo reciente de intelectuales y profesionales colombianos han sido muchas: amenazas de muerte a intelectuales como uno de los síntomas de intensificación de la guerra, la dificultad de consolidar una práctica intelectual en medio de coyunturas sociales que provocan inseguridad extrema y situaciones personales difíciles de conjugar, la reducción de salarios y de oportunidades de trabajo en el espacio público y académico, los límites humanos que implica confrontar los múltiples matices cotidianos de la violencia.

Asumir las coyunturas de la partida no es fácil y ese fue algo de lo que tratamos con Jesús ese día. Pero eso no se tradujo en falta de entusiasmo por las ideas que lo apasionan. Habló durante largo rato sobre su proyecto de pensar lo audiovisual en América Latina, sobre la idea de relacionar la oralidad con las tecnologías, proyecto de investigación que ahora plasma en México y que continúa rutas dibujadas en *De los medios a las mediaciones*. Pero lo que más me impactó de esta conversación fue el entusiasmo en el tono de su voz, sus gestos, la evidente pasión por los temas que abordamos.

A los pocos días, y de regreso en Nueva York, un profesor del centro académico donde yo trabajaba, me invitó a una cena donde estaban, entre otros intelectuales, mi maestro de la Universidad de Indiana, donde estudié el doctorado y quien se encontraba de paso por Nueva York. Como es lógico cuando se reúnen amigos que comparten un oficio y una época, conversamos sobre temas compartidos: la situación de las respectivas universidades, los planes de retiro que se avecinaban en los próximos años para ellos. Richard Bauman se sentía a gusto con las nuevas estructuras departamentales de su universidad, trabajando en el recién creado departamento de Communications and Culture, signo de la institucionalización de las nuevas tendencias sobre el pensamiento cultural en Estados Unidos. Pero diferentes personas expresaron en diversos momentos la frustración con la profunda escisión entre academia y política que produce la estructura institucional universitaria norteamericana, afectada por la desarticulación entre la investigación y la participación en procesos de cambio social y político. Un profesor incluso llegó a decir que veía los años que le faltaban antes de jubilarse, como un “servicio militar”, tal era su incomodidad con el ámbito académico norteamericano. Las inconformidades con lo institucional no venían, por lo menos en términos profundos, de la situación laboral sino más bien de la frustración con algunas rutas de la academia, que aparecía como un gran neutralizador de pasiones académico-políticas que tenían que ventilarse, necesariamente, por otro tipo de rincones. Todos obviamente, y con el derecho que da una vida dedicada al trabajo, tenían sus planes de retiro en curso.

Separados por pocos días, los dos eventos se reflejaron uno al otro: la inestabilidad laboral y las crisis de la vida cotidiana en medio de las luchas políticas y económicas con sus traumas personales y sociales de algunos países latinoamericanos, y la comparativamente mayor estabilidad laboral en Norteamérica, a pesar de los recortes presupuestarios y de la creciente presencia del común denominador neoliberal; las diversas formas como transitamos las rutas por las que cruza la formación discursiva, marcadas fuertemente por los espacios de debate, sospechosos o dialógicos, y sus condiciones: la capacidad exportadora y recicladora de saberes del centro y las dificultades de visibilidad y escucha de la periferia; los deseos compartidos de hacer de la práctica académica un “acto de sentido” (Richard,1998:158) pero manifestados en condiciones, formas y prácticas diferentes. Numerosos estudiosos han elaborado este breve contraste con mayor detalle (Ver Mato,2001;Richard,1998;García Canclini,2000). Yo me centraré en un punto: si vamos a hablar sobre la idea de “cultura y poder” en América Latina estamos abordando no sólo contrastes en enfoques discursivos, metodológicos y teóricos con los “estudios culturales” metropolitanos, estamos hablando también de las condiciones de producción, de las condiciones institucionales, personales y sociales cotidianas en medio de las cuales forjamos nuestras teorías.

En años recientes en América Latina, varios autores han enfatizado la idea de las políticas culturales como un área de intervención crucial.<sup>2</sup> Esta idea ha adquirido fuerza gradualmente no sólo como propuesta teórica sino además desde diferentes prácticas de intervención que desbordan la obra reconocida de intelectuales latinoamericanos: el asumir cargos públicos; asesorías críticas a estamentos gubernamentales, a entidades transnacionales o a ONGs en el área de cultura; participación en talleres con diferentes tipos de grupos tales como líderes de radios comunitarias o grupos feministas; el trabajo en el controversial y creciente campo de la gestión cultural en América Latina; la participación en reuniones sobre cultura organizadas no necesariamente por académicos, sino por instituciones que determinan los fondos transnacionales para la inversión en cultura tales como la UNESCO, el BID, la OEI, el Banco Mundial; el trabajo conjunto con personas de las artes o de las comunicaciones como formas concretas de intervención; la participación en encuentros, a la vez sociales e íntimos, que exigen desglosar las dolorosas tramas de la memoria y el olvido o diversas formas de conflicto político.

Sin embargo, los cambios que hacen de las políticas culturales un espacio crucial de intervención no se dan exclusivamente desde la academia. La presencia del tema responde a transformaciones profundas del espacio público, a la redefinición misma de la relación cultura/política que ha caracterizado las últimas dos décadas y que se manifiesta en los nuevos modos de presencia de los movimientos sociales, en la reestructuración de los Estados o en las políticas de entidades transnacionales como la UNESCO o el BID, desde cuyas prácticas organizativas, institucionales y discursivas también se ha consolidado la idea. El área de las políticas culturales se ha constituido de modo simultáneo desde múltiples esferas como uno de los campos de intervención en torno a la idea de cultura y poder, y por tanto está particularmente ubicada en la encrucijada entre transformaciones teóricas y cambios en el espacio público.

## **Sobre la academia en el espacio público**

Una preocupación común en ciertas tendencias de los estudios culturales del centro, y presente también en la teoría crítica de América Latina, ha sido la pregunta por “las condiciones y problemas para desarrollar el trabajo intelectual y teórico como práctica política” (Hall,1996:268). Tanto Stuart Hall como Raymond Williams, hablan de la importancia para los estudios culturales ingleses de la idea de “intelectuales orgánicos” que tomaron de Gramsci y que implica abordar una doble práctica: estar a la vanguardia de la producción intelectual y “asumir la responsabilidad de transmitir esas ideas, ese conocimiento, a través de la función intelectual, a aquellos que no pertenecen profesionalmente a la clase intelectual” (Hall,1996:268)<sup>3</sup>. La relación trabajo intelectual – esfera política manifestada como una problemática de la relación entre la academia y sus márgenes ha sido una idea recurrente en la teorización sobre cultura desde América Latina. Históricamente este tipo de mediación se ha manifestado en la manera como muchos de los fundadores de los proyectos de Estado-nación latinoamericanos en el siglo XIX generaron no sólo políticas concretas desde su participación en el espacio público sino además pensamiento político social y cultural (Ramos, 1989; Von der Walde, 1997). Lo que sí es nuevo es tratar

de mediar en el espacio público aquellas dimensiones del discurso crítico que abren camino a la existencia “de interpretaciones diferentes o divergentes y que escapan a la necesidad de asumir definiciones cerradas y sustantivas” (Telles,1994:50) en un marco institucional o en un momento histórico que demanda la toma de decisiones políticas o sociales que históricamente han estado basadas en definiciones cerradas. En general, esta articulación se asume como mucho más diversa y rica desde América Latina, debido a las diferentes posibilidades de inserción en el espacio público de los académicos latinoamericanos. Nelly Richard afirma incluso que es desde la posibilidad de consolidar la diversidad de estas articulaciones entre espacio público y teoría crítica que el pensamiento latinoamericano sobre cultura y poder adquiere su especificidad particular.

Activar esta diversidad de articulaciones heterogéneas mediante una práctica intelectual que desborda el refugio academicista para intervenir en los conflictos de valores, significaciones y poder, que se desatan en las redes públicas del sistema cultural, formaría quizás parte del proyecto de una crítica latinoamericana que “habla desde distintos espacios institucionales y que lo hace interpelando a diversos públicos” (Montaldo,1999:6): una crítica que busca romper la clausura universitaria de los saberes corporativos para poner a circular sus desacuerdos con el presente por redes amplias de intervención en el debate público, pero también una crítica vigilante de sus lenguajes que no quiere mimetizarse con la superficialidad mediática de la actualidad. Hay espacio para ensayar esta voz y diseminar sus significados de resistencia y oposición a la globalización neoliberal, en las múltiples intersecciones dejadas libres entre el proyecto académico de los estudios culturales y la crítica política de la cultura (Richard,2001:195).

Lo que señalan las múltiples actividades de los intelectuales latinoamericanos es que esas voces se ensayan constantemente. Para muchos intelectuales que viven en América Latina, el trabajo desde las intersecciones es un hecho. Y no siempre como opción: el decreciente mercado académico o la subvaloración económica del mismo hace que muchas personas trabajen en estos campos no sólo por compromiso sino también por necesidad económica (Mato,2001). Estas experiencias han comenzado a hacer visibles algunos de los conflictos que surgen en los procesos de articulación. Así, este lugar de las intersecciones se revela no sólo como un espacio desde el cual ejercer una crítica al mercado o al “saber instrumentalizado”, sino como un lugar de fuertes contradicciones que genera preguntas sobre los límites y las posibilidades de los procesos de articulación entre pensamiento crítico y espacio público. Es decir, hay una serie de tensiones y conflictos que se dan al tratar de articular el campo de la producción intelectual con la práctica de las políticas culturales y por tanto, se necesita poner de relieve no sólo un campo teórico que ha adquirido valor como propuesta política entre autores latinoamericanos (el de las políticas culturales), sino un tipo de práctica intelectual que busca mediar diferentes modos de trabajo intelectual.

## **Inserciones institucionales y políticas culturales**

La proliferación del campo de las políticas culturales ha generado grandes diferencias en lo que distintas personas o grupos quieren decir por política cultural y, como bien lo expresa Coelho, “los problemas terminológicos han pasado a primer plano” (Coelho,2000:12). Para unos política cultural se refiere a la movilización de conflictos culturales desde los movimientos sociales (Alvarez, Dagnino y Escobar:1999); para otros el campo de las políticas culturales es aquel que remite a “las dinámicas de recepción y distribución de la cultura, entendiendo ésta última como producto a administrar mediante las diversas agencias de coordinación de recursos, medios y gentes que articulan el mercado cultural” (Richard,2001:185); para otros se refiere primordialmente a la manipulación de tecnologías de la verdad para la construcción de sujetos cívicos (Millar,1993) y para otros a las dinámicas burocráticas y económicas de gestión de las artes desde el estado u otras instituciones como museos, programas de ecoturismo, etc.

Esta multiplicidad de aproximaciones a la noción de políticas culturales en América Latina parte de las diferentes maneras cómo intelectuales, instituciones o distintos tipos de organizaciones (grupos de artistas, movimientos sociales) se han apropiado la idea cada vez más común en los últimos tiempos, de que la cultura es un campo organizativo que se puede articular para lograr fines de consolidación o

transformación simbólica, social y política específicos (UNESCO,1999,2000). De hecho, la definición misma de política cultural procede de esta afirmación, articulada de diferentes maneras según distintos autores. Contrastemos tres nociones contemporáneas de política cultural:

Entendemos por políticas culturales el conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o transformación social (García Canclini,1987:26).

Dicen Alvarez, Dagnino y Escobar:

Interpretamos la política cultural como el proceso generado cuando diferentes conjuntos de actores políticos, marcados por, y encarnando prácticas y significados culturales diferentes, entran en conflicto. Esta definición de política cultural asume que las prácticas y los significados —particularmente aquellos teorizados como marginales, opositivos, minoritarios, residuales, emergentes, alternativos y disidentes, entre otros, todos éstos concebidos en relación con un orden cultural dominante— pueden ser la fuente de procesos que deben ser aceptados como políticos (Alvarez, Dagnino y Escobar,1999:143-144). (Traducción Manuela Alvarez).

Dice Teixeira Coelho:

La política cultural constituye una ciencia de la organización de las estructuras culturales y generalmente es entendida como un programa de intervenciones realizadas por el Estado, instituciones civiles, entidades privadas o grupos comunitarios con el objetivo de satisfacer las necesidades culturales de la población y promover el desarrollo de sus representaciones simbólicas (Coelho, 2000:380).

Cada una de las definiciones anteriores incorpora la noción de que el área de las políticas culturales se constituye para fines de organización o transformación cultural y/o sociopolítica. Es decir, la movilización contemporánea de la idea de políticas culturales viene aunada a una noción de la cultura como recurso (Yudice,2001), sea éste un recurso económico, cultural, social, político o, más probablemente, una mezcla de los anteriores. Las diferencias de énfasis en las definiciones, sin embargo, nos señalan distinciones en el modo cómo subyace, en cada una de ellas, una manera específica de conceptualizar la relación entre cultura y política; es decir, de definir de qué manera se constituye la cultura en “recurso”; en un instrumento para movilizar prácticas sociales, económicas, políticas. Esto se debe, en parte, a la historia intelectual y al modo de inserción personal en el trabajo de las políticas culturales de cada uno de los autores. Pero también pone de manifiesto el difícil juego de las traducciones que en ocasiones oscurece tramposamente los matices semánticos de las palabras.

En español el término “políticas culturales” frecuentemente invoca más una práctica política concreta de diseño e implementación de programas y proyectos específicamente relacionados con la movilización de lo simbólico (sea este desde la “alta cultura”, desde “la cultura popular” o desde “las industrias culturales”) que a “luchas incorporadas entre los significados y las representaciones” (Escobar,2000:140). Es lo que Teixeira Coelho llama “el área de mediación cultural, entendida ésta como el dominio de las acciones entre la obra cultural, su productor y su público” (Coelho,2000:12). Sería algo parecido a lo que en inglés se llama *cultural policy*. El énfasis en la dimensión organizacional y en la idea de intervención en el campo de lo simbólico en las definiciones de Teixeira y García Canclini, reflejan este marco conceptual. Además aquí la idea de política cultural esta estrechamente vinculada a la movilización de lo cultural como campo artístico (sea “alta” cultura, cultura popular o industrias del entretenimiento).

Históricamente en América Latina la acción de políticas culturales más visible ha sido la del Estado-nación, ya que hasta hace poco tiempo era esta esfera de poder la que dominaba el control de las formas de mediación cultural que construían los regímenes de representación a través de los cuales se organizaban las jerarquías simbólicas de la diversidad. Así, en foros regionales o locales sobre política cultural u otros temas relacionados, frecuentemente se confunde el término “políticas culturales” con “políticas culturales del Estado”. No es causal que Canclini y Coelho enumeren diferentes tipos de actores (mientras Escobar enfatiza primordialmente los movimientos sociales). Las diferencias tienen que ver con los contextos de trabajo de uno y de los otros. El rechazo que encuentra la idea misma de políticas culturales, sobretudo entre ciertos grupos de artistas e intelectuales en América Latina, frecuentemente viene asociado a la noción de que el término política cultural implica al Estado (o instituciones de poder dominante como la UNESCO) y por tanto a una esfera de control de lo simbólico no deseada por grupos que desean establecer formas alternativas o de oposición en la relación entre cultura y poder. Por contraste, en otras ocasiones en que he hablado del tema en Colombia, por ejemplo, y en el auditorio se encuentran grupos campesinos o populares de danza o música, frecuentemente me he encontrado con un reclamo de mediaciones concretas que permitan hacer visibles sus prácticas de representación más allá de sus ámbitos inmediatos de visibilidad. En América Latina, el área de las políticas culturales es concebida primordialmente (y no sólo entre grupos de intelectuales) como un campo de mediación entre organización social, cultural y política y movilización de esferas de las artes específicas; y, lo que encontramos frecuentemente en el espacio público es un rechazo o una demanda al desarrollo de esta noción. El surgimiento tanto de los movimientos sociales como de las industrias culturales transnacionales hace de las políticas culturales un campo que se constituye desde múltiples esferas. Por tanto, una de las dimensiones que enfatizan diferentes autores es la pluralización de actores sociales desde los cuales se puede constituir este campo político (Coelho, 2000; García Canclini, 2000; Martín Barbero, 1995).

Además se da otro proceso de transformación. La pluralización de actores en la definición de políticas culturales también conlleva una transformación en la noción de cultura referida a las artes específicamente. Así, Daniel Mato propone no sólo una inclusión de múltiples actores sino además una transformación en la noción de lo cultural. Por eso, para este autor, el campo de las políticas culturales está referido:

[...] a todos los actores sociales (sean organismos de gobierno, organizaciones comunitarias y otros tipos de organizaciones no gubernamentales, empresas, etc.) pero además también [...] integra todo aquello que se relaciona con el carácter simbólico de las prácticas sociales y en particular a la producción de representaciones sociales que juegan papeles claves en la constitución de los actores sociales y el diseño de políticas y programas de acción” (Mato,2001b:149).

Es decir, lo que se moviliza con fines políticos y sociales trasciende la definición de cultura como una esfera de las artes y pasa a definirse desde distinto tipo de prácticas sociales. Junto con esta “pluralización” del texto cultural se da una desestetización del campo artístico. Esta polémica de desde dónde definir las prácticas de las políticas culturales no existe sólo en América Latina. También es un fuerte debate en otros contextos académicos.

En inglés, la noción de política cultural se refiere más a un campo amplio que abarca diferentes modos de establecer la relación entre “lo cultural de lo político y lo político de lo cultural”, lo que en inglés se llama *cultural politics* y que yo traduciría no como política cultural sino como política de la cultura (o lo político de lo cultural). Autores como Alvarez, Dagnino, Escobar (1998) y Yúdice (2000), entre otros, han señalado que desde los estudios culturales en Estados Unidos existe una fuerte tendencia hacia lo textual:

[...]en su utilización actual [...] el término *cultural politics* (traducido como política cultural en el texto de Escobar publicado en español) con frecuencia se refiere a luchas incorporadas alrededor de los significados y las representaciones, cuyos riesgos políticos a menudo son difíciles de percibir para actores sociales concretos (Escobar,1999:140).

De hecho, el énfasis de Alvarez, Dagnino y Escobar en explicar que la “política cultural” (original en inglés *cultural politics*) se construye sobre todo “desde prácticas teorizadas como marginales” tiene que ver precisamente con la construcción de su campo de pensamiento: prácticas culturales históricamente pensadas como marginales, ahora analizadas como prácticas de poder. Lo que estos autores enfatizan, por contraste con algunos teóricos del centro con su énfasis en la textualidad (especialmente desde los estudios culturales en inglés), y por contraste también con la noción iberoamericana referida anteriormente como un campo de mediación entre obra artística y productor, son “las estrategias políticas de actores sociales particulares” (Escobar,1999:141). Esta noción de política cultural abarca una amplia gama de mediaciones entre lo político de lo cultural y lo cultural de lo político y tiene un sentido muy diferente a la noción de política cultural entendida como mediación entre la obra, su productor y su público. Nos encontramos entonces ante un campo de definiciones en proceso de transformación.

Estos dos sentidos —la política cultural como campo organizacional de lo simbólico, y lo cultural como mediación de lo político y lo social—, se han ido confundiendo, es decir, se han ido constituyendo mutuamente mezclando sus significados. Una de las consecuencias de la profesionalización del campo de las políticas culturales en América Latina, entendida como mediación organizada de lo simbólico, ha sido una incorporación, cada vez mayor, de los múltiples sentidos de relación que se pueden establecer entre lo cultural de lo político y lo político de lo cultural. El surgimiento de la idea de la cultura como recurso (Yudice,1999)<sup>4</sup> tiene que ver precisamente con la concientización de lo cultural como campo de luchas políticas desde múltiples esferas del espacio público y además con la creciente fusión de la noción de arte en la de cultura (Yudice,1999). A medida que la política cultural, entendida como intervención en un campo simbólico específico, se expande para incluir diferentes actores sociales y una gama amplia de procesos culturales y formas de representación, se consolida simultáneamente una noción más amplia de lo simbólico como mediador de lo político y lo social y no sólo como un campo que se define desde lo estético. Así, el campo de las políticas culturales, entendido como un campo de organización e intervención, amplía no sólo sus fronteras de actores sociales (de campos de enunciación desde donde se diseñan e implementan las políticas culturales), sino que deja de concebirse exclusivamente como un campo de organización de objetos culturales y pasa a ser pensado como un campo en el cual lo simbólico lo que hace es mediar procesos culturales, políticos y sociales. Una de las consecuencias de esto ha sido la antropologización de la noción de cultura y la consecuente polémica de “desde dónde” o “para quién” o “de qué cultura estamos hablando” cuando se hacen políticas culturales. Se trata no sólo del surgimiento de la diversidad como reorganizador del sentido de las diferencias en el marco de un Estado-nación, reconociendo nuevos lugares de organización estratégica, sino también de una transformación de la definición y el papel de lo cultural. Según Ana Rosas y Eduardo Nivón ha habido “una ampliación en la concepción general de que la política cultural es un instrumento diseñado solamente para ofrecer servicios culturales y dar acceso a ellos (espectáculos, bibliotecas, teatros, etc.), a una concepción de ésta como un instrumento que puede transformar las relaciones sociales, apoyar la diversidad e incidir en la vida ciudadana. (Rosas y Nivón,2001:2-3).

Esta pluralización del texto cultural y sus posibilidades ha generado conflictos. En la práctica del diseño de las políticas culturales existe una lucha entre el objeto cultural como válido por sus dimensiones estéticas y lo simbólico como válido por la mediación que hace posible a través de su movilización (como mediador de un proceso social y cultural). Es decir, la pluralización del texto conlleva la desestetización del mismo. La lucha que se da en el campo de los estudios de cultura y poder o teoría crítica entre estética de los lenguajes y sociología de las representaciones, no es exclusiva de la academia; se encuentra también en la práctica de las políticas culturales. Así, la tensión en los modos de definir la noción misma de política cultural se traduce en luchas concretas en la esfera pública.

En Colombia, por ejemplo, los procesos de reorganización del sentido de la diversidad a los que llevó la reescritura de la Constitución en 1991, se han traducido en tensiones profundas sobre el modo de valorar tanto el texto como los procesos culturales<sup>5</sup>. Una de esas esferas es la de inversión de dineros del Estado en cultura<sup>6</sup>. Las prácticas culturales adquieren valor según cómo se despliegue la noción de política cultural en la esfera pública. Ese valor simbólico se traduce en valor económico, según se ubiquen en este debate los que tienen el poder de definir la inversión económica en la esfera cultural. Hoy en día, por ejemplo los procesos culturales que se pueden traducir fácilmente a aspectos políticos que se

han vuelto estratégicos para el país tales como “la descentralización” o “el proceso de paz” tienen la posibilidad de recibir apoyo financiero del Estado<sup>7</sup>; mientras tanto, se cuestiona el valor de apoyo del estado, por ejemplo, a la Orquesta Sinfónica de Colombia o al Museo de Arte Moderno, ya que las prácticas culturales que allí se desarrollan no se traducen fácilmente (por lo menos según los dirigentes políticos) a los procesos de reforma social y política que urgentemente tiene que abordar la nación. Inclusive durante el corto tiempo de Consuelo Araujo Noguera como Ministra de Cultura en Colombia, ella llegó a afirmar la necesidad de no financiar estas prácticas culturales asociadas con la “alta cultura” debido a la necesidad de prestarle atención a las culturas populares tradicionales y locales. Como si al redefinir la cultura como recurso, el peso valorativo de la histórica discusión entre “civilización” y “barbarie” se hubiera invertido.

Una de las tensiones que se genera desde este espacio de intersección entre academia y sociedad en el marco de las políticas culturales, es que el modo como las definiciones se adoptan en el espacio académico —con sus complejidades, su plurivocalidad, sus tensiones no resueltas— frecuentemente se traduce, en las prácticas del espacio público (y no sólo desde el Estado), en acciones que reducen esta complejidad discursiva a una simple inversión de sentido o a una reconstitución de binarismos tales como memoria/olvido, cultura local/globalización, cultura popular/alta cultura: binarismos que niegan el espesor de los conflictos. El intelectual que trabaja en políticas culturales queda ubicado justamente en la coyuntura tanto política como intelectual que genera la no mediación entre uno y otro espacio de trabajo. Asumir la intersección es asumir la dificultad de mediación que reside en los elementos que no se traducen desde la práctica en el espacio académico a la práctica en el espacio público. A veces, indudablemente hay posibilidades de acogida a procesos críticos tales como interactuar en tratar de diseñar políticas culturales desde definiciones abiertas, complejas y dialógicas de palabras clave que se manipulan en el proceso: “cultura”, “descentralización”, “sociedad civil”, etc. (Ochoa, en prensa). Pero frecuentemente los procesos de asesoría crítica no se traducen en acciones concretas; es más hay un cierto lugar de “no escucha” que reduce las interacciones de lo crítico con la estructura del espacio público a momentos profundamente frustrantes de sordera. La rigidez de las fronteras, por tanto no se da sólo en los formatos académicos que no le dan presencia al espesor humano de los conflictos (Richard, 1997) se da también en los modos de estructuración de la interacción en el espacio público.

A partir de conversaciones personales con algunos académicos y de experiencias propias podemos enumerar algunas preguntas que generan los vacíos de traducción o de mediación entre academia y esfera pública: ¿Qué hacer con el papel de la burocracia o de los clientelismos cuando se manifiestan en espacios de trabajo con apertura a asumir creativamente las dimensiones críticas de procesos culturales? ¿Cómo hacer para que las denuncias en momentos coyunturales se traduzcan a decisiones políticas? ¿Cómo responder frente a las demandas existenciales personales que este tipo de mediación exige ya sea de sí mismo o de otros cuando se trabaja con situaciones extremas, lo cual sucede frecuentemente en diferentes países latinoamericanos? ¿Qué implica asumir las escisiones y conflictos al interior de los movimientos sociales o de los movimientos de oposición? ¿Qué hacer con las prácticas autoritarias que encontramos al interior de los procesos de resistencia y oposición? ¿Cómo incorporar o manejar la emotividad que cargan temas como el conflicto armado en Colombia, o el problema de los desaparecidos en el Cono Sur? ¿De qué manera se podría elaborar el aprendizaje de negociación; es decir de la difícil práctica de mediar democráticamente? ¿Qué se puede lograr transformar en un momento dado y qué no? ¿Qué hacemos con el hecho de que los informes críticos sobre políticas culturales, a veces encargados por las mismas instituciones u organizaciones de diverso tipo, no se traducen en acciones concretas o parecen no ser tenidos en cuenta en la elaboración de nuevos programas? ¿Qué hacemos con los pagos que no llegan o tienen una demora de papeles varios entre una y otra oficina para poder materializarse?

La respuesta a estas preguntas (o por lo menos su elaboración) exige una práctica epistemológica desde el conflicto y desde la cotidianidad laboral en la cual las tensiones no se reducen sólo a posicionamientos diversos en un debate académico, sino al modo cómo la articulación entre teorizaciones y prácticas de trabajo se traducen mutuamente. Reconocer este proceso permanente de mutua traducción nos exige un descentramiento de la noción de trabajo académico, en donde lo que ha sido considerado marginal sea considerado como constitutivo de las formas de pensar. No se trata de

sobrevalorar las conflictividades que genera la tensión de las intermediaciones, ya que las demandas cotidianas que esto implica a veces no son fáciles de asumir; pero tampoco se trata de negar su existencia. El trabajo de “intervención” que “busca siempre comprometer a su destinatario en un trabajo crítico de desmontaje y rearticulación de sentido para examinar las conexiones locales y específicas que unen los signos a sus redes político-institucionales” (Richard,1998:144) implica asumir los límites y posibilidades de los conflictos en los procesos de intermediación. Tal vez eso implique ser más explícitos en nuestra escritura con nuestras propias contradicciones, con las conflictivas tensiones vividas en el proceso de trazar puentes entre distintos tipos de prácticas intelectuales, con las exigencias cotidianas de vivir en países con procesos sociales, políticos y económicos críticos que afectan a nuestros colegas, a nuestros parientes, a nosotros mismos. Frecuentemente, la teorización en el campo de las políticas culturales no sólo se dedica a elaborar las dimensiones teóricas de núcleos de problemas, sino también a hacer sugerencias sobre cómo habitar el espacio público: se debe o no legislar para los medios; cómo abordar el problema de la diversidad en el marco nacional; cómo redefinir los museos; qué hacer con las dinámicas escriturales de la academia, etc. Pero hay relativamente poca presencia de textos sobre lo que le ha pasado a los intelectuales cuando de hecho trabajan en esos campos, no sólo como propuesta política sino también como práctica laboral cotidiana u ocasional. Eso en sí, especificar lo que se puede hacer y lo que no logra conjugarse o queda más reservado a otro tipo de esferas tal vez más poéticas, es un logro fundamental. Pero esta elaboración escritural de lo que nos causa ruido hacia otro tipo de campos (especialmente hacia la interacción cotidiana, burocrática, laboral con el espacio público), sería fundamental para reconocer lo que se puede mediar desde las intersecciones y los vacíos de intermediación como un campo desde el cual teorizar. Se trata de asumir las políticas culturales como campo etnográfico; mirar las políticas en el terreno de su puesta en práctica y no sólo como propuesta de acción.

Una de las preguntas que se nos plantea es ¿Cómo hacer para incluir esta diversidad de prácticas de trabajo en nuestros procesos de intercambio intelectual, sin que se reduzca la riqueza que contienen las experiencias por las obligaciones de expresión impuestas por los formatos de intercambio intelectual o por los informes a gobiernos, a esferas transnacionales de la cultura o a ONGs. Indudablemente la pregunta deriva en si los modos escriturales del *paper* o de los informes sobre políticas culturales pueden contener la riqueza de experiencias laborales y personales que desbordan el marco académico que este formato representa. La riqueza conceptual y existencial se deriva del cómo las prácticas de intermediación desbordan en ocasiones el saber instrumental de estas escrituras, ya que en muchas ocasiones, simplemente no es posible resolver el conflicto teórico que se plantea o se proponen acciones de política cultural que implican negociaciones complejas. Paul Bromberg, filósofo y matemático, quien fue alcalde de Bogotá, dijo durante una inauguración de un simposio sobre investigación urbana que trabajar en el espacio público implicaba asumir que en la toma de una decisión o la consolidación de una propuesta, siempre se generaba un problema. Esta esfera ruidosa de experiencias que hacen visible la dificultad de armonizar las fronteras entre academia y sociedad, las dificultades de lo que significa “hacer oposición” en un espacio público cambiante, se traduce en un intenso debate sobre las formas apropiadas de escritura académica en América Latina:

Contra la funcionalidad del *paper* que predomina en los departamentos de estudios culturales donde se persigue la mera calculabilidad de la significación, la manipulabilidad de la información cultural para su conversión económica en un saber descriptivo, la ‘teoría como escritura’ fantasea con abrir líneas de fuga por donde la subjetividad crítica pueda desviar la recta del conocimiento útil para explorar ciertos meandros del lenguaje que recargan los bordes de la palabra de intensidad opaca (Richard,1998:148-149).

Indudablemente una de las preguntas que se deriva es qué tipo de escritura puede contener las complejas experiencias de vida y experiencias profesionales que se dan en los procesos de intermediación entre academia y sociedad; cómo mediar la relación entre experiencias como teoría y “teoría como escritura”. Pero antes de elaborar este tema quiero abordar otras tensiones que también desembocan en cuestiones escriturales.

## **Puntos ciegos y límites de alcance entre la teoría y la acción política**

La simultaneidad de existencia de la política cultural como una práctica intelectual tanto en la academia como en diferentes esferas del espacio público, genera otra disyuntiva: la del modo como adquieren visibilidad (y viabilidad) las teorías y las propuestas de trabajo. Recientemente ha adquirido fuerza la idea de que la expansión del campo de las políticas culturales tiene que ver con la inclusión de la cultura como un área de desarrollo por parte de distintos organismos nacionales y transnacionales. Algunos señalan a la UNESCO como el fomentador internacional principal de esta idea (Rist,2000; Rosas y Nivón,2001). Si bien la UNESCO ha sido uno de los actores principales en su promoción, con fuerte influencia incluso en los procesos de relegislación de la cultura en el marco de los Estados-nación en América Latina, la historia es más compleja<sup>8</sup>. Como bien lo señala Arturo Escobar existe una pluralidad de formas de establecer la relación cultura y desarrollo. En el marco de la antropología esto ha generado serias discusiones teóricas sobre el sentido mismo del desarrollo para los antropólogos:

Mientras que la ecuación antropología-desarrollo se entiende y se aborda desde puntos de vista muy distintos, es posible distinguir, al final del decenio, dos grandes corrientes de pensamiento: aquélla que favorece un compromiso activo con las instituciones que fomentan el desarrollo en favor de los pobres, con el objetivo de transformar la práctica del desarrollo desde dentro [antropología para el desarrollo], y aquélla que prescribe el distanciamiento y la crítica radical del desarrollo institucionalizado [antropología del desarrollo] [...]. Resultará obvio que la antropología para el desarrollo y la antropología del desarrollo tienen sus orígenes en teorías contrapuestas de la realidad social: una, basada principalmente en las teorías establecidas sobre cultura y economía política; la otra, sobre formas relativamente nuevas de análisis que dan prioridad al lenguaje y al significado (Escobar,1999:100-101).

La diversidad de posiciones teóricas en el modo como se asume la relación cultura – desarrollo, nos señala que cuando diversos autores o instituciones expresan la necesidad de intervenir en este campo, están hablando de modos de intervención altamente diferenciados, incluso conflictivos.<sup>9</sup> Pero no sólo eso. La historia de cómo ha adquirido forma la idea de que la cultura es un campo intervención crucial social y política es mucho más compleja que simplemente designar a la UNESCO como su principal promotor o al “desarrollo” como su espacio crucial de consolidación. Especialmente cuando personas vinculadas a la UNESCO proponen nuevas ideas (como la de creatividad) para abordar críticamente los impases de la noción de desarrollo. Haciendo un recorrido por su trayectoria académica, Jesús Martín Barbero nos recuerda:

El programa de Freire contuvo para mí la primera propuesta de una teoría latinoamericana de la comunicación, pues es al tornarse pregunta que la palabra instauro el espacio de la comunicación, e invirtiendo el proceso de alineación que arrastra la palabra cosificada, las palabras generadoras como Freire las llamaba, rehacen el tejido social del lenguaje posibilitando el encuentro del hombre con su mundo y con el de los otros. Y superando la inercia del lenguaje, la palabra del sujeto se revela cargada de sentido y de historia. Hoy puedo afirmar que buena parte de mi programa de trabajo investigativo en el campo de la comunicación —pensar la comunicación desde la cultura— estaba allí esbozado, contenía las principales pistas que fui desarrollando a lo largo de los años setenta [...]. Junto con Gramsci fue Paulo Freire el que me enseñó a pensar la comunicación a la vez como un proceso social y como un campo de batalla cultural (Martín Barbero,1998:202).

El reconocimiento de Jesús Martín Barbero al papel de Freire en la consolidación de su pensamiento, indica que la trayectoria de la relación entre acción política y discurso es mucho más compleja que lo que señala el reciente auge por las políticas culturales en América Latina. La “batalla cultural” que señala Jesús contiene una agenda específica: la idea que generar una nueva forma de nombrar conlleva una transformación de las políticas de la identidad y, consecuentemente, de las estructuras de poder<sup>10</sup>. En este sentido es necesario reconocer que la historia de la relación entre pensar lo cultural como “luchas

entre significados y representaciones” y/o como “prácticas desde actores sociales concretos” es bastante compleja en América Latina y tiene que ver con las múltiples relaciones de lo cultural con lo público que se atestigua en la densidad conceptual que contiene la noción latinoamericana de culturas populares, donde se confunden nociones sociales y estéticas, las complejas fronteras entre lo tradicional y lo moderno. Esto contrasta con el *popular culture*, así en inglés, más acotado al campo de la cultura masiva.

Desde los años 70, las teorías de Freire han tenido un impacto a través de prácticas pedagógicas y desde la apropiación de sus ideas para campos artísticos tales como el teatro o la música. Muchas dimensiones de la propuesta de Freire han sido altamente criticadas, especialmente en relación a la idea de “falsa conciencia” que está en la base de la propuesta freireana. Esta crítica ha generado la concientización de que una nueva forma de nombrar no necesariamente conlleva una transformación consecuente de las prácticas de opresión. Sin embargo, la teoría crítica debe dejar suficiente campo al reconocimiento del movimiento creativo que, dentro de sus contradicciones, generan las postulaciones teóricas. En la práctica académica, frecuentemente se confunde la deconstrucción crítica con la descontextualización del saber, reduciendo la complejidad de las ideas, su significado en ciertos momentos históricos a meras citas extrapoladas de sus ámbitos de sentido. La obra de Freire jugó un papel fundamental en vincular modos locales de expresión o de nombrar (cultura popular) con procesos sociales, lo cual fomentó controvertidas experimentaciones en los campos del teatro y de la música y fue uno de los elementos que impulsó el desarrollo de movimientos sociales en América Latina. Si bien muchos de estos experimentos artísticos han sido altamente cuestionados, no hay duda que estos proyectos jugaron un papel fundamental en quebrar el rígido canon de los conservatorios y en la historia del movimiento teatral durante la segunda mitad del siglo xx en diferentes países de la región. Es decir, jugaron un papel crucial al poner en movimiento (y hacer visibles las contradicciones) la idea de la cultura como un área de intervención en las transformaciones sociales.

Las historias que insisten en mirar la construcción del campo de las políticas culturales como un efecto primordial de la UNESCO o de su inclusión en el campo del desarrollo simplifican la complejidad de los diferentes procesos intelectuales, artísticos, políticos y sociales que han llevado a hacer de la cultura un recurso de movilización social y política. Esta perspectiva globalocéntrica de las políticas culturales, que “sólo encuentra agencia en los niveles en los cuales operan los denominados actores globales” (Escobar,1999a:358) excluye las complejas relaciones entre cultura y poder que se dan en las múltiples maneras de abordar la relación entre cultura y movilización social en América Latina en la actualidad. También hace visible el modo como, paradójicamente, frecuentemente queda excluido lo estético en el campo de los estudios sobre políticas culturales. El peligro es que la invisibilidad de esta diversidad de fuentes y procesos, reduce la complejidad y pluralidad de las medicaciones entre cultura y movilización social y política a un mero recurso instrumental. Así, en la actualidad, el campo de las políticas culturales parece balancearse en una cuerda floja en la cual, por un lado, se corre el riesgo de la instrumentalización del saber para funciones académicas en las cuales no hay cabida para los contradictorios y difíciles procesos de intermediación entre teorización y práctica de las políticas culturales; y, por el otro, una instrumentalización de las políticas que reduce las múltiples formas de mediación entre prácticas culturales y procesos sociales a una relación empírica caracterizada por prácticas de “planificación”, “administración” y “gestión” cultural propias de la noción de desarrollo. No estoy en contra de la organización del campo de las políticas culturales. Pero el riesgo que conlleva este momento de ampliación de sus dinámicas y profesionalización de las mismas, es precisamente la eliminación de las múltiples tramas que la constituyen como un proceso de gran riqueza. Es allí que la teoría crítica debe jugar un papel fundamental, inclusive dentro de los disyuntivos canales de escucha entre el espacio público y la teorización académica.

Esto me lleva finalmente a un último punto: los límites de lo posible tanto desde la teoría crítica como desde los diversos modos en que nos insertamos en las políticas culturales. Uno de ellos es indudablemente el de reconocer lo que no es posible lograr desde la movilización cultural y también reconocer esos momentos de los procesos de articulación entre academia y sociedad que parecen llevarnos más allá de las explicaciones académicas.

Dos de la tarde. Librería del aeropuerto de Bogotá. Recorro los anaqueles de libros con una mirada de despedida de largo plazo. Salgo a vivir a México. Llego a la estantería de ciencias sociales, autores

colombianos y encuentro el consabido tema de obsesión: la guerra-la paz. Sistemáticamente, como si el ritmo del ojo hubiese guardado las lecciones de metrónomo destinadas a otros sentidos, recorro los títulos en los lomos de los libros y me estremezco: la mayoría de los autores ha tenido que salir al exilio. Algunos han sido asesinados en los últimos meses. Todos han participado, de diferentes maneras y en distintas etapas de las conversaciones de paz y desarrollaban una práctica periodística con su labor académica. Al ver los libros resuenan silenciosas en mi interior, un par de frases de diferentes amigos que llegaron a mi buzón de correo durante mi estadía en Nueva York. Una de una antropóloga, refiriéndose a la salida masiva de intelectuales: “nos estamos quedando solos”. Otra de un vecino guionista, escritor, publicista: “Bogotá amaneció gris, haciéndole eco a un país que debería estar de luto eterno”. Los lomos de esos libros parecen nombrar, en la antesala de salida del país, el silencio a que obliga el exilio o la muerte. Evidentemente una de las intervenciones más creativas y críticas es la manera como muchos de estos académicos le dan voz pública a los debates desde la prensa. Las voces son obligadas al silencio cuando hay posibilidad de escucha. Tienen más de instalación, de imagen que condensa un momento, que de palabra. Recuerdo con ironía un dicho uruguayo durante la época de su exilio masivo: “el último que salga, apaga la luz”. Hay momentos en que el diccionario simplemente no detiene las balas.

El hacer de la cultura un lugar omnipotente de resolución de conflictos es una idea que se propone en muchos espacios donde se promueven las políticas culturales y esto implica una paradójica despolitización de lo cultural al desconocer los límites de lo posible y vaciar las especificidades de su signo. Ciertamente una historia de los relatos sobre cultura y poder en América Latina contiene los silencios forzados, las carreras truncadas, los rumbos, destinos y teorías que se transforman en el desplazamiento obligado o se acallan porque no hay otra alternativa. En una ponencia reciente en el Museo Nacional de Colombia, Jesús Martín Barbero enumeraba el tipo de tareas que debe abordar el Museo Nacional. Entre las últimas menciona un proceso de “articulación entre imagen y huella, entre imagen y desaparecidos” como clave “para pensar la relación de esa peculiar tecnología de las imágenes que es el museo, con la memoria extraviada de este país de desplazados, de desaparecidos y de miles de muertos por enterrar: el museo como experiencia del duelo colectivo sin el que este país no podrá tener paz” (Martín Barbero,2000:60).

¿Qué le exige y le ha exigido, no sólo al museo, sino también al pensamiento académico esta práctica de las intermediaciones en las políticas culturales que en ocasiones se convierte en la obligatoria convivencia con situaciones críticas? Nelly Richard habla de la crítica cultural como “un conjunto variable de prácticas y escrituras que no responden a un diseño uniforme” cuyos textos “se encuentran a mitad de camino entre el ensayo, el análisis deconstructivo y la teoría crítica” y “desbordan una inscripción fácil en la retícula del saber” (Richard,1998,142-3). En muchos académicos latinoamericanos ese desbordamiento de la vida hacia el texto toma formas tales como la crónica periodística o la literatura testimonial: como si el espacio de duelo y contradicción necesitase otro tipo de formatos que no están obligados a un “saber instrumental”. En los momentos de crisis radical, de procesar los extremos críticos que nos obliga a habitar la historia, adquiere profundo valor el sentido existencial (y no sólo académico) de la teoría crítica. La cuestión que se plantea es la de reconocer que a veces “el conocimiento desde el cual se vive la vida no es necesariamente idéntico al conocimiento a través del cual uno explica la vida” (Jackson,1996:2), lo que implica que hay una dimensión existencial de la relación cultura, poder que sobrepasa lo traducible a un saber instrumental. El proceso de articulaciones e intermediaciones entre academia y políticas culturales debe reconocer que parte del sentido de lo que cruza por lo discursivo y por la movilización política desde lo cultural no siempre se explica desde el sentido sociopolítico de lo cultural; parte de ello también invoca el sentido existencial de lo político y lo cultural que a veces habita más claramente la opacidad de la palabra o de gestos no explicativos. Alguno de los gestos más conmovedores y de mayor fuerza política en la escritura de muchos académicos colombianos es cuando han dejado ver, especialmente en la prensa, las vetas personales y cotidianas de los momentos críticos actuales.

El debate sobre las formas escriturales válidas para enmarcar el pensamiento latinoamericano atraviesa los límites a los que obliga a habitar la historia y las múltiples formas del habla que exige el poderla nombrar.<sup>11</sup> Hablamos aquí de aquellas intersecciones que se dan desde vivencias críticas que

desbordan las explicaciones académicas totalitarias y cerradas. Se genera entonces una paradoja para nuestra relación con colegas del centro. Justo en el momento en que la fuerte influencia del centro se deja sentir en la adopción creciente del *paper* de veinte minutos como formato de intercambio, en la creciente organización de congresos con el modelo del centro, en la imposición de producir investigación en los formatos diseñados, aprobados y valorados por el centro; justo en este momento, se da un descentramiento del sujeto académico latinoamericano desde una práctica laboral en las intersecciones que desborda estos formatos. Así, la creciente visibilidad de la periferia en el centro, se da en un momento en que se afianzan por una parte prácticas académicas desbordantes que se dan en la intermediación del espacio público con la academia; y por otra, la adopción de formatos de intercambio intelectual diseñados para otro tipo de práctica académica que caracteriza al centro y que no puede contener las dimensiones epistemológicas que es necesario abordar si queremos descentrar la tendencia hacia la instrumentalización tanto de la práctica de las políticas culturales como de su escritura. La relación con los centros de poder de producción académica y la consolidación de las exigencias que implica para América Latina hacerse más presente epistemológicamente debe poder incorporar estos múltiples saberes no sólo como líneas de fuga, sino también como formas de pensamiento desde los cuales se generan entendimientos y procesos cognitivos que nos permiten vivir las dimensiones creativas de los límites y asumir dialógicamente los procesos de intercambio intelectual.

### Referencias bibliográficas

Alvarez, Sonia E., Evelina Dagnino y Arturo Escobar (1998) "Introduction: The Cultural and the Political in Latin American Social Movements". En: Sonia Alvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds.): *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Boulder: Westview Press. pp: 1-29.

Alvarez, Sonia, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (1999) "Lo cultural y lo político en los movimientos sociales de América Latina". En: Arturo Escobar: *El Final del Salvaje. Naturaleza, Cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: CEREC/ICAN. pp: 133-168.

Coelho, Teixeira (2000) *Diccionario crítico de política cultural: cultura e imaginario*, México:Conaculta / Iteos /Secretaría de Cultura, Gobierno de Jalisco.

Escobar, Arturo (1999) "Antropología y Desarrollo". En: Arturo Escobar: *El final del salvaje: Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*, Bogotá: CEREC/ICAN. pp.:99-132.

\_\_\_\_\_ (1999a) "Género, redes y lugar: una ecología política de la cibercultura". En: Arturo Escobar: *El final del salvaje: Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: CEREC/ICAN. pp: 353-381.

Foro sobre cultura y constituyente (1990) Recopilación, Bogotá: Colcultura.

García Canclini, Néstor, ed. (1987) *Políticas Culturales en América Latina*. México: Enlace, Grijalbo.

\_\_\_\_\_ (2000) *La Globalización Imaginada*, México, Barcelona, Buenos Aires: Paidós. pp: 129-142.

Hall, Stuart (1996) "Cultural studies and its theoretical legacies". En David Morley y Kuan-Hsing Chen (eds.): *Stuart Hall, Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres: Routledge. pp: 262-275.

Jackson, Michael (2000) "Introduction: Phenomenology, Radical Empiricism, and Anthropological Critique". En: *Things as They Are: New Directions in Phenomenological Anthropology*, Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.

Mato Daniel (2002) "Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder, estudio introductorio". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela..

\_\_\_\_\_ (2001a) "Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización. Introducción". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Buenos Aires y Caracas: CLACSO / UNESCO.

\_\_\_\_\_ (2001b) "Des-fechitizar la Globalización: basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones: mostrar la complejidad y las prácticas de los actores". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*, Buenos Aires y Caracas: CLACSO / UNESCO.

Martín Barbero, Jesús (2000) "De la comunicación a la filosofía y viceversa: nuevos mapas, nuevos retos". En: *Mapas nocturnos: diálogos con la obra de Jesús Martín Barbero*, Universidad Central/Diuc/Siglo del Hombre Editores. pp. :201-232.

\_\_\_\_\_ (1999) "Futuro que habita la memoria". En: Gonzalo Sánchez Gómez y María Emma Wills Obregón (comp.): *Museo, memoria y nación*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia. pp: 33-64.

\_\_\_\_\_ (1995) *Pre-textos: Conversaciones sobre la cultura y sus contextos*. Cali: Universidad del Valle.

Miller, Toby (1993) *The well-tempered self. Citizenship, culture, and the postmodern subject*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.

Moneta, Carlos Juan y Néstor García Canclini (1999) *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*. México: Grijalbo / UNESCO / SELA.

Ochoa Gautier, Ana María. (2001) "Listening to the state: power, culture and cultural policy in Colombia". En: Toby Miller (ed.): *A Companion to Cultural Studies Malden*, Oxford: Balckwell Publishers. pp.:375 – 390.

Ramos, Julio (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Richard, Nelly (1998) "Antidisciplina, transdisciplina y redisciplinamiento del saber". En: *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*, Santiago de Chile: Editorial cuarto propio. pp.: 141-162.

\_\_\_\_\_ (2001) "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana" En Daniel Mato (comp.): *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Argentina: CLACSO. pp.: 185-200.

Rist, Gilbert (2000) "La cultura y el capital social: ¿cómplices o víctimas del "desarrollo"?" En: Bernardo Kliksberg y Luciano Tomassini (comps): *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, Buenos Aires: BID / Fundación Felipe Herrera / Universidad de Maryland / FCE. pp.: 129-150.

Rosas Mantecón, Ana y Eduardo Nivón (2001) "La política cultural del Gobierno del Distrito Federal 1997-2000, Notas para un balance". México, (sin publicar).

Telles, Vera (s/f) "Sociedade civil, Direitos e Espaços Públicos".En Evelina Dagnino (ed.). *Os Anos 90: Política e Sociedade no Brasil*, Sao Paulo: Brasiliense. pp.: 43-53.

UNESCO (2000) World Culture Reports.

\_\_\_\_\_ (1999) World Culture Reports.

Von der Walde, Erna (1997) "Limpia, fija y da esplendor: El letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX". *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIII, N° 178-179: 71-83.

Yúdice, George (2001) *Introduction. The Expediency of Cultura*. (En prensa).

\_\_\_\_\_ (1999) "The Privatization of Culture". *Social Text* 59, Vol. 17, N° 2: 17-34.

## <sup>1</sup>Notas

\* Ana María Ochoa, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Cuernavaca, México.

Correo electrónico: [anaochoa@laneta.apc.org](mailto:anaochoa@laneta.apc.org)

Ochoa, Ana María (2002) "Políticas culturales, academia y sociedad". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela.

1. Este artículo es una versión revisada del texto presentado en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder", titulado "Políticas culturales, academia y sociedad: intermediaciones" y forma parte de un dossier editado por Daniel Mato cuyo título es "Estudios y Otras Prácticas Latinoamericanas en Cultura y Poder" en Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales. Vol. 7, N° 3 (2001). pp: 219-238.

<sup>2</sup> Son muchos los textos que abordan el tema (Ver Martín Barbero, 1995; García Canclini, 2000; Richard, 1998; Coelho, 2000; Moneta y Néstor García Canclini, 1999).

<sup>3</sup> Con esto no quiero sugerir que haya una sola tradición en el centro. Las diferencias de énfasis entre los estadounidenses y los ingleses, por ejemplo, son bastante fuertes y no son sólo teóricas, sino también de índole institucional.

<sup>4</sup> Según George Yúdice la idea de que la cultura sirve para la transformación social ha llevado a una difícil y polémica instrumentalización de lo cultural en donde la legitimidad de lo cultural radica no tanto en lo estético sino en los modos como sirve fines políticos, sociales o económicos (Ver Yudice, 1999).

<sup>5</sup> La Constituyente (proceso que llevó a la elaboración de la Constitución de 1991) incluyó la participación de muchos intelectuales, ya fuera involucrados como constituyentes (como es el caso de Fals Borda) o convocados para foros concretos y específicos de discusión como fue el caso de Martín Barbero (Ver Foro[...], 1990).

<sup>6</sup> En la práctica la definición de cultura desde el estado se traduce de diversas maneras debido a la alta fragmentación de este estamento y a la diversidad de modos de concebir e implementar proyectos de política cultural. No hay unidad conceptual ni de acción política. Como dicen, destacando esta fragmentación, muchos funcionarios al interior del Ministerio "aquí hay programas y proyectos pero no políticas culturales".

<sup>7</sup> Hacer un listado de cuáles son esos procesos trasciende los límites de este trabajo. Digamos, a manera de explicación breve, que por ejemplo, el trabajo con radios comunitarias, el trabajo con sectores populares a partir de las culturas de las regiones, el trabajo en zonas de conflicto armado intenso, logra avalarse como "descentralización" o "proyecto de paz". Pero esta es una relación compleja, que se establece contradictoriamente desde diferentes prácticas de política cultural e incluso al interior de las mismas. Es decir, los directores de un programa al interior del Ministerio de Cultura no necesariamente coinciden con las visiones de los altos mandos del Ministerio; y éstos a la vez se tienen que relacionar con el Ministerio de Hacienda para avalar económicamente los programas. Entre estos estamentos y diferentes personas no necesariamente hay una sola definición de cultura.

<sup>8</sup> Como otros organismos internacionales, la UNESCO tiene una diversidad de posiciones al interior sobre el tema de cultura y desarrollo y es una entidad polifacética en su interior. Lourdes Arizpe, quien trabaja con la UNESCO, comenta que incluso cambiaron el tema del desarrollo por el de la creatividad en los últimos informes mundiales de cultura, como un modo de responder a la necesidad de asumir las críticas y los múltiples problemas con la noción de desarrollo.

<sup>9</sup> Para contrastar diferentes formas de acercamiento a la noción de cultura y desarrollo sólo basta con contrastar nociones como "capital social" versus "ciudadanía" en relación con lo cultural. Ese contraste rebasa los límites de este trabajo.

<sup>10</sup> Este es, de hecho, el principio de gran parte de los *identity politics* norteamericanos.

<sup>11</sup> Hay muchos experimentos, la mayoría de ellos muy controvertidos, en diferentes formas de escritura que incorporan estas experiencias límite en América Latina. Debates sobre la tradición del ensayo, sobre la literatura testimonial, sobre la presentación de testimonios orales en el marco de lo histórico, sobre el papel del periodismo entre los intelectuales latinoamericanos, atestiguan esto. Una discusión de estos múltiples debates sobre pasa este trabajo.